

sonrisa le atacaba los nervios..... Dió media vuelta y se sentó.

La portera se le acercó preguntándole:

—¿Quiere V. comer?

—Sí, contestó; me parece que ya es hora.

—Hola, exclamó la mujer; ¿hay apetito?

El huésped por toda respuesta dejó caer el puño sobre el tablero de la mesa, y la señora Gertrúdis salió á escape en busca de la comida.

Ella salió diciendo para sí:

—Harán una hermosa pareja.

Él se quedó murmurando:

—Esta mujer me va á conducir al crimen; un día la ahogo.

CAPÍTULO VI.

El pájaro que queria volar no acierta ya á salir de la jaula.

Post nubila, Fæbus. Despues de la tempestad, el sol..... detras de las tinieblas, la luz. Despues de un dia nublado, frio, oscuro y triste, un dia despejado, resplandeciente, sereno y alegre: éste es el órden de todas las cosas.

En Madrid tiene el invierno algunos días de primavera. La atmósfera, transparente como un cristal, brilla iluminada por los rayos del sol; los pájaros cantan bajo las hojas de los castaños de las Indias, que poseen el privilegio de un verdor perpétuo; el agua, rompiendo las ligaduras del hielo que la tenía cautiva, corre por los cauces, salta so-

bre las piedras y se sonrie tranquila en los estanques, dejando ver sus peces de colores; el aire vuela agitando por todas partes sus alas invisibles.

El termómetro, engañado por las apariencias del buen tiempo..... sube, y la gente baja de las bohardillas, de los pisos segundos, de los pisos terceros, de los pisos principales, y se derrama por las calles, invade el *Retiro*, inunda á *Chamberí*, y se la encuentra á la vez en la *Fuente Castellana*, en el *Campo del Moro*, en la *Montaña del Príncipe Pío*.

¿Quién trabaja en estos días de fiesta de la naturaleza?

Miguel habia dormido perfectamente..... la vecina no le habia quitado el sueño, y eso que no habia dejado de verla ni un instante desde que cerró los ojos; pero, una vez despierto, saltó de la cama y se vistió apresuradamente..... Un rayo de sol entraba por la juntura de la ventana, diciéndole, hé aquí un hermoso día, y sin vacilar abrió las maderas, y al traves de los cristales entró el día en aquella estrecha habitacion, llenándola de luz, de reflejos y de colores, con esa con-

fianza, con esa franqueza, con esa abundancia con que el sol entra en las casas de los pobres.

Nuestro héroe sintió en su corazon toda la alegría de aquella hermosa mañana, y le pareció su cuarto un palacio, porque no hay opulencia semejante á la alegría..... Estar alegre es poseerlo todo.

Despues de las maderas abrió los cristales para que entrara el aire del mismo modo que entraba el sol, y en efecto, el aire entró impetuoso, aturdido, inquieto, como un muchacho travieso que todo lo toca, que todo lo palpa y todo lo revuelve.

La cortina de ramos verdes que cubria la estrecha puerta de la alcoba, se agitó lentamente entrando y saliendo; parecia decir: «Holá, ya está aquí este loco.»

Algunas cuartillas de papel extendidas sobre la mesa se levantaron sobre sí mismas, volviendo á caer, y si hubieran tenido lengua, de seguro habrian dicho: «Buenos días, amigo.»

Por lo que hace al sol, no era recibido con ménos agasajo; el polvo impalpable for-

maba una especie de columna de honor suspendida en el aire, trazando un plano inclinado desde la ventana al suelo, como diciendo: «Por aquí va.»

Las paredes parecían más tersas y más blancas, los muebles más lustrosos, y hasta el armario, desnudo de toda pintura, tomó un tinte suave para recoger mejor los reflejos del padre de la luz..... de la luz, que es á su vez la madre de todos los colores.

Entre tanto, el huésped de la señora Gertrúdis hacia su *toilet* en mangas de camisa.

No tenía espejo en que mirarse; así es que no pudo advertir el esmero inusitado con que sus cabellos se colocaron al rededor de la frente, alzándose en abundantes rizos sobre ambas sienes.

Hecha esta operacion, se acercó á la ventana y miró, y no vió más que unos cristales perfectamente cerrados, detras de los que colgaban dos *visillos* blancos.

El mismo traje de la cocina un plato, una taza y una cucharilla; despues volvió y trajo dos cafeteras que humeaban, y en un tercer viaje completó el almuerzo, trayendo

una servilleta y un panecillo con manteca..... Se sentó y almorzó como un príncipe..... porque aunque el café no era superior, la leche decia bebedme, y ademas sentia apetito.

Terminado el almuerzo, se envolvió en su gaban, echó una segunda ojeada á la ventana de enfrente, y cogió el sombrero, poniéndoselo sin mirarlo..... ¿Para qué lo habia de mirar, si no tenía otro?

—Ya es tarde, dijo.

Y tomando una llave que habia encima de la mesa, salió, cerrando la puerta con cuidado para que no hiciera ruido.

Claro es que si era tarde tendria prisa, porque para nadie es tarde cuando está despacio; y si tenía prisa, parece natural que se precipitára por la escalera como un torbellino..... Pues, no señor; comenzó á bajar lentamente; parecia que cada pié le pesaba una arroba y que en cada escalon dejaba un tesoro..... bajaba con piés de plomo.

A la mitad de la escalera se paró, dió media vuelta y comenzó á subir precipitadamente, devorando los escalones dos á dos y tres á tres; no era subir, era volar.

Llegó á la puerta y la abrió; entró y se fué derecho á la ventana; cualquiera habria creído que iba á tirarse á la calle de cabeza; pero nada de eso..... tendió el brazo hácia el ángulo inmediato que formaba el cuarto cerca de la ventana y cogió un baston que yacia arrinconado como un mueble inútil..... Esto era sin duda lo que se le habia olvidado..... Un baston..... vea V. qué capricho..... un baston que nunca llevaba.

Lo blandió en el aire trazando una cruz por medio de dos líneas oblicuas, que cortándose en medio, formaban cuatro ángulos invisibles, y lanzó una estocada vigorosa que atravesó el aire de parte á parte, yendo á clavarse la contera del baston en el yeso de la pared, que se hundió, dejando la señal de aquella tremenda estocada como una cicatriz honrosa.

Aquel alarde de fuerza, de destreza y de decision, anunciaba la disposicion belicosa de su ánimo, y cualquiera habria creído que se preparaba á sostener un rudo combate; por la arrogancia de su actitud parecia dispuesto á desafiar al mundo entero.

Las fisonomías dulces, son como las manos de los gatos, muy suaves, hasta que llega el momento de sacar las uñas, y entónces no hay aspereza semejante. De esta manera el semblante de Miguel se endureció al lanzar el baston contra la pared.

Satisfecho de su ligereza y de su tino, tomó de nuevo el camino de la escalera tarareando el *Tremma Vizancio*, que hace estremecer las piedras; grito de amenaza y de triunfo, ignorado por la historia y descubierto por la música..... ¡Pobre Matusalem, si el corrector de pruebas llega á encontrarlo!

Cuando llegó al último escalon, dió un salto y se lanzó á la calle sin volver los ojos á la portería.

Allí estaba la señora Gertrúdis, que lo vió salir, mirándolo con su implacable sonrisa.

Media hora despues .la portera lo vió aparecer en el portal, y se escondió dentro de su *cuchitril* para no ser vista.

Miguel entró andando con las puntas de los piés, y llegó al pié de la escalera sin hacer ruido; habia burlado la vigilancia de la por-

tera, que probablemente se habria dormido, sin dejar por eso de hacer calceta.

Llevaba en la mano izquierda un rollo de papel y en la mano derecha el baston, y cuando entró en su cuarto dejó el baston junto al armario, y el rollo de papel sobre la mesa; tiró el sombrero sobre una silla y se sentó.

—Manos á la obra, dijo; este artículo hay que corregirlo con sumo cuidado..... dicen que ha de producir un gran efecto y que causará la caída del ministerio..... Mañana saldrá estallando como una bomba.

Desenvolvió el rollo de los papeles, separando las pruebas impresas de las cuartillas manuscritas, y reparando en éstas últimas, las examinó atentamente, diciendo:

—En efecto, este artículo debe ser anónimo; la letra me es desconocida, no es de ninguno de los redactores..... y parece que han querido desfigurarla..... hay en ella rasgos que se contradicen..... Pero ¡bah! ¿á mí qué me importa?..... En aquella baraunda de imprenta no es posible corregir con esmero, y el regente ha comprendido que un artícu-

lo tan importante merece una correccion extraordinaria..... y yo he visto el cielo abierto, porque aquí, añadió mirando de reojo á la ventana, puedo hacer más tranquilamente mi trabajo.

Las pruebas del artículo aparecian marcadas con grandes números, que señalaban el orden sucesivo en que debian colocarse, y en la primera campeaba el título en letra *normanda*..... Título sonoro y misterioso, y que desde luégo anunciaba que el asunto traia reata.

Era difícil fijarse en el título sin leer el artículo..... Y esto lo comprenderá perfectamente el lector cuando sepa que el artículo anónimo llevaba por título las siguientes palabras:

LOS CENCERROS TAPADOS.

Debajo del título debia levantarse una acusacion tremenda, y el periódico correria de mano en mano, produciendo en los lectores esa sensacion satisfactoria con que suele recibirse por el género humano la interesan-

te noticia de un nuevo crimen. ¿Quién había de negar su corazón al placer de ver aumentado el número de los culpables?..... Un ladrón más..... ¡qué dicha! y sobre todo..... ¡qué indignación!

Los Cencerros tapados, sonando en los oídos de la multitud, convocaría el gran jurado de la opinión pública, dispuesta siempre á lanzar sobre el culpable del día el fallo fugitivo de una ignominia pasajera, ó á tributar al héroe del momento los honores ruidosos de una inmortalidad de veinte y cuatro horas.

El comerciante que burla la vigilancia de las aduanas ó soborna al empleado que ha de inspeccionar los géneros de su comercio; el litigante que compra á peso de influencia ó á peso de oro el beneficio de una sentencia favorable; el contratista que parte la enormidad de sus ganancias con el mismo que ha de inspeccionar el fiel cumplimiento del contrato; el usurero que especula con la necesidad ó con los vicios; el tahur que extrae hábilmente su fortuna del bolsillo ajeno bajo la salvaguardia de una carta; el estafador de

profesion; el tramposo de oficio; el periodista que subasta su conciencia; todas las inmoralidades, en fin, que hierven en el fondo y en la superficie de la sociedad se levantarían indignadas.

Los odios, los resentimientos, las envidias, las venganzas, el espíritu de partido, la ambición, encenderían en el seno agitado de la opinión pública el rayo de la justicia, y la honradez, afligida del espectáculo, iría á esconderse en el último rincón de su casa, alternativamente avergonzada de los acusadores y de los acusados.

El efecto, pues, del artículo era seguro.

Hay en el espíritu humano de nuestros tiempos una tendencia irresistible que nos inclina á creer en los demás propensiones más dispuestas al mal que al bien. No hay acción, por perversa que sea, que no nos parezca cierta, ó por lo ménos probable, á la vez que ponemos en duda las acciones generosas que nacen de los nobles sentimientos. Parece que todos y cada uno de por sí tenemos una tristísima idea de las virtudes

del hombre regenerado por la civilización moderna.

Este juicio infamante que el hombre ha formado de su especie, tiene sus gradaciones. Si el hecho culpable se atribuye á un sér oscuro y desconocido, entónces es posible..... Si se le atribuye á un hombre que por algun concepto se distingue de los demas, entónces es probable..... pero si se le atribuye á un ministro, entónces es evidente. Parece que volcada la sociedad se ha invertido completamente el órden, subiendo á la superficie la *hez* del género humano.

Cuanto más elevada es la posición de una persona, ménos pruebas se necesitan para condenarle á la pena—ya muy soportable—de la deshonra.

Los Cencerros tapados no se dirigian contra un ministro, sino contra todo el ministerio, lo cual hacia más creible el caso.

Se trataba de una operación de crédito hecha con una casa extranjera con tales condiciones, que el Gobierno huía de llevarla á las Córtes, decidido á pedir una autorización ámplia que lo absolviera de antemano. Esta

especie habia corrido como un rumor vago, sin fundamento..... pues segun los más listos, era una invención que tenía por objeto una jugada de Bolsa.

Sin embargo, el tesoro público se hallaba exhausto, y era preciso sacar dinero del centro de la tierra para mantener por algun tiempo el ruinoso equilibrio de una prosperidad comida de deudas..... El ministerio responsable por la Constitución, no se comprometiera en una operación tan escandalosa, pero ese ministerio responsable por la Constitución podia ser, y lo era, de hecho irresponsable por la mayoría, y la mayoría era suya por el doble título del interés del partido y de los pingües beneficios del presupuesto.

Se discutia en los círculos el punto de derecho constitucional más curioso de cuantos encierra el sistema parlamentario, á saber, si puede existir la responsabilidad ministerial con la omnipotencia del Parlamento; si puede ser responsable un ministerio que dispone de una mayoría irresponsable.

Tal era la situación de los ánimos en el

momento en que en las famosas columnas de *El Oriente* iba á salir á luz el misterioso artículo de *Los Cencerros tapados*.

No era el artículo un modelo de literatura, pero, preciso es reconocerlo, era un modelo de malicia..... Se dirigia al Gobierno con las más corteses palabras, y le pasaba la mano suavemente para clavarle las uñas con más seguridad. Anatematizaba el furor de las oposiciones y pedia una tregua á los intereses de los partidos para que pudiera llegar á los oídos del país la voz serena de los intereses públicos.

Hablaba, por supuesto, de libertad, de orden, de paz y de justicia; señalaba juiciosamente, y con la más profunda veneracion, ciertos límites al poder de las mayorías, y soltaba, por último, la palabra *moralidad política*, proclamando de paso el principio inmoral del respeto á todas las opiniones, que no es más ni ménos que el odioso privilegio concedido á todos los errores.

«No basta, decia, ser honrados, es preciso parecerlo para quitar pretextos á la maledicencia y armas á la calumnia; urge acallar

las injustas murmuraciones que se levantan, y tranquilizar á la opinion publicada, alarmada por la especie absurda de un empréstito misterioso, que es el objeto obligado de todas las conversaciones, y vamos á presentar á la luz del día este fantasma amenazador (*El Oriente* salia por la noche), para que el Gobierno lo disipe con el soplo de su palabra.»

Aquí, suponiéndose eco de la opinion pública extraviada, reseñaba todos los pasos de la negociacion, marcando con destreza aquellos detalles y aquellos pormenores en que más fácilmente pudiera cebarse la sospecha. El relato aparecia tan natural, tan fácil, tan ingenuo, que era imposible pintar una cosa más verosímil; la credulidad se sentia seducida por la sencillez gráfica de la narracion. Si aquello no era verdad, debia serlo.

Despues, tomando la lógica de la maledicencia pública, establecia una serie de hipótesis, de las cuales deducia una á una con terrible precision las más atrevidas consecuencias de la murmuracion desatada, é indignándose contra la temeridad de semejan-

tes juicios, descubria, rechazándolo, por supuesto, que la operacion, objeto de tantas hablillas, era una ruina para el país y un negocio para el Gobierno.

Luégo, admitiendo la necesidad de un empréstito que pusiera término á las apremiantes urgencias del tesoro, examinaba las condiciones de la negociacion supuesta, y dejando la malicia de las palabras, echaba mano de la malicia insidiosa de los números; el empréstito resultaba á un interes espantoso.

Examinaba, por último, la cuestion constitucional, y conminaba á la mayoría á que saliera á la defensa del Gobierno con un acto de iniciativa; dejaba caer el rumor de alguna disidencia en el seno del gabinete, y concluía pidiendo á todos imparcialidad, patriotismo y justicia.

Tal era en sucinto bosquejo el artículo de *Los Cencerros tapados*.

Sin duda alguna iba á producir sensacion, el golpe estaba bien dirigido; la mano era diestra..... El director del periódico se atribuiria probablemente la gloria del éxito, y

el autor permaneceria ignorado..... ¿Por modestia? No, por vergüenza ó por astucia..... Los ojos perspicaces podrian descubrir en este tejido de palabras el hilo misterioso de una intriga oculta, pero el vulgo..... ¿ha tenido ojos alguna vez?.....

Miguel repasaba las pruebas con atento cuidado, trazando en las márgenes del impreso líneas rectas, líneas curvas, círculos, cuadrados, paralelas horizontales, paralelas perpendiculares, ángulos, cruces, signos fantásticos, que repetidos entre los renglones señalaban el lugar de las enmiendas. Cada una de estas figuras se veia seguida de medias frases, de medias palabras, de medias sílabas.

De repente el *corrector de pruebas* se detuvo y soltó una carcajada, y acudió á consultar la cuartilla manuscrita correspondiente á la prueba que corregia.

El manuscrito decia: *muchos son los que nos siguen*; y el *cajista* habia hecho decir al impreso: *machos son los que nos siguen*.

Era una errata terrible, que hubiera podido destruir todo el efecto del artículo; así

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, MEXICO

es que Miguel se apresuró á corregirla, marcando bien la *u* para que la *a* no volviera á meterse donde no la llamaban.

«*Nuestros principios inmortales*, decia la letra manuscrita, miéntras la letra de molde dejando la *t* olvidada en el fondo de la caja, destacaba sobre el papel esta confesion clara y terminante: *Nuestros principios inmorales.*»

Mas se conoce que el cajista era hombre de conciencia, pues la *t* que habia olvidado en la última palabra la aumentó en una de las siguientes, componiendo *patria* por *paria*.

Tres veces en el discurso del artículo habia escrito su autor: *las columnas de nuestro periódico*; y tres veces el cajista, aturdido, le habia hecho decir: *las calumnias de nuestro periódico.*

Ponia *sima* por *suma*, *horror* por *honor*, *tuno* por *tono*, por *trompa*, *trampa*; por *enjuagar la deuda* decia *enjuagar la deuda*.

De la palabra libertad habia hecho un verdadero *galimatía*; la *l* era cursiva, la *i* griega, la *b* vuelta del reves parecia una *q*, la *e* estaba tendida, entre la *t* y la *a* habia un es-

pacio, y la *d* era *h*. Jamas palabra alguna, al salir de las tiznadas manos de un cajista, se ha visto más horriblemente dislocada. Las letras se ofrecian en espantoso desórden, en verdadero tumulto, como si hubieran comprendido que sólo de ese modo podian expresar todo el sentido de la palabra.

El corrector puso en órden aquella turba de letras, aprisionándolas en signos inflexibles y obligándolas á entender lo que decian.

Siguió corrigiendo, y tropezó con una nueva errata; el articulista en un momento oportuno exclamaba: *¡Quién nos compara!* pero el cajista, confundiendo la admiracion con la interrogacion, y comiéndose una *a*, decia muy fresco: *¿Quién nos compra?*

Miguel se sonrió al corregir la frase, mas á los pocos renglones levantó la pluma, haciendo un gesto sumamente expresivo.

—¡Demonio! dijo, ésta es más negra; los cajistas son los niños terribles de la imprenta.

La errata consistia en una *a* de más, como la anterior en una *a* de ménos.

Consultó el original y decia:

Éste es el grito de nuestra conciencia.

Era el último renglon del artículo, el golpe de efecto, el trueno gordo, y el cajista había estampado en la prueba la siguiente frase :

Este es el garito de nuestra conciencia.

Terminada la correccion del artículo, Miguel lo repasó de nuevo, añadiendo algunos acentos olvidados y algunas comas indispensables, que no aparecian ni en el original ni en la prueba, y se quedó contemplando aquella serie de renglones impresos que al día siguiente habian de causar una explosion en los ánimos, que debian aturdir al Gobierno, conmover á la mayoría y agitar á las oposiciones.

El artículo, compuesto de antemano, no debía publicarse hasta el día siguiente, segun el autor anónimo advertia en el respaldo de la primera cuartilla.

Lo había recibido el director de *El Oriente* bajo un sobre y por el correo interior, y despues de leerlo, se había restregado las manos, exclamando :

— ¡Soberbio artículo!

Al día siguiente, pues, iba á ser ella. Saldría *El Oriente* echando chispas, y el artículo resonaría inmediatamente en las huecas concavidades de la prensa periódica; sería comentado en todos los círculos, se leería á la vez en todas partes, en voz alta y en voz baja..... Se reuniría el Consejo de ministros y empezarian á circular los rumores de crisis.

Miguel, semejante á Júpiter, tenía sobre la mesa el rayo que iba á estallar al día siguiente sobre la cabeza del Gobierno.

Pero ¿qué le importaba á Miguel la proximidad de aquel suceso? Desde la altura de su cuarto 4.º veía con indiferencia las tempestades de la política que textualmente se formaban á sus piés, y si descendía á la tierra, era por pura necesidad, pues desde el día anterior se sentía entre las cuatro paredes de su elevada habitacion más cerca del cielo.

Hasta entónces no había reparado que se respiraba allí un aire más puro, que el sol era más brillante, las nubes más bellas y el cielo más grande.

El cielo..... ¡ah! el cielo era á sus ojos una